

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

| | |
|----------------------------|-----------|
| En Madrid, un mes..... | 8 rs. |
| Un mes..... | 9 |
| Trimestre.... | 27 |
| Semestre.... | 52 |
| Un año..... | 100 |
| Ultramar y extranjero..... | 8 ps. fs. |

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Una memoria á los muertos.—Dos ángeles (poesía).—Estudios históricos: Alfonso VIII el Niño, ó el de las Navas (continuación).—Los cuartos de hora: cuento (continuación).—Una aventura: episodio del siglo XVI (conclusion).—La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuación).—Revista de teatros: álbum de LA VIOLETA.—Modas: correo de señoritas.—Explicación del figurín.

UNA MEMORIA Á LOS MUERTOS.

¡Silencio! ¿No oís? Las campanas clamorean, su lúgubre sonido penetra en el alma. ¡Parece que gimen, que lloran y que buscan lágrimas en los seres que las escuchan!...

Y los seres lloran, y se arrodillan, y se acuerdan de la eternidad.

Los mal dormidos recuerdos se despiertan, y el pecho se oprime dolorosamente, y casi se desea tener una tumba querida donde ir á depositar las maravillosas flores del otoño.

La esposa desolada lleva fúnebres crespones al compañero de su vida.

La tierna madre adorna el blanco sepulcro de su hija con castas azucenas, símbolo de pureza.

La hija á su vez ofrece siempre vivas á su amorosa madre.

Y el amante rodea la losa fúnebre que encierra lo que mas amaba con frondosos laureles.

Gasas, lazos, cintas, guirnaldas, pabellones, coronas, luces, todo parece poco en holocausto de aquellos restos que fueron nuestra delicia.

Y, sin embargo, el polvo de sus cuerpos es nuestra alfombra. Aspiramos sin sentirlo partículas de su ser. Hollamos la tierra donde reposan. Oprimimos bajo nuestro peso sus descarnados esqueletos, que no pueden lanzar un ¡ay! ni dirigirnos una dulce reconvención. ¿Y qué importa? ¿Es acaso la materia lo que allí buscamos? ¿No hay algo mas grande que nos conduce á visitar aquel alcázar fúnebre?...

¿Qué secreto nos impele? ¿Qué fuerza oculta nos hace sentir un inmenso dolor y un deseo de ir á verter lágrimas en aquel sitio sagrado?

¿Por qué sufren allí hasta los mismos seres que no perdieron ningun caro objeto ni tienen una losa querida donde arrodillarse á rezar?

Porque aquel silencio, aquel misterio profundo,

aquella verdad desnuda, penetra en todas las almas como la luz de la fe.

Allí vemos nuestra pobreza y nuestra grandeza á la vez. Se apagan las ambiciones humanas y se despiertan las divinas.

El alma pura y sencilla llora de entusiasmo viendo el dedo de Dios en todo lo que la rodea.

El hombre descreído tiembla y cree. El criminal se arrepiente, y el orgulloso, el déspota, se confiesa vencido. Aquella igualdad le confunde, le anonada.

Los paños de terciopelo con lujosas armas que cubren algunos sepulcros no figuran allí mas que el humilde encañado entretejido de flores que formó una mano cariñosa para perpetuar la memoria del ser amado.

Todo es muerte, todos son esqueletos. Los espíritus volaron, y ante Dios son hermanos, y ante nosotros inspiran el mismo fervor.

Las almas devotas rezan un Padrenuestro en cada tumba, sin darle mas culto á unas que á otras.

Los adornos lujosos atraen las miradas de la vanidad. Los sencillos embargan los corazones.

En las tumbas donde lucen blandones amarillos, solo vemos sirvientes y lacayos. Estos no lloran.

En las pobres siempre encontramos algun ser interesado por el que allí reposa. Allí siempre hay lágrimas.

¡Dichosa libertad! ¡Bien supremo que Dios ha dispensado á los que carecen de fortuna!...

Lo mismo siente la madre, la esposa, la hermana del opulento que la del pobre; pero esta vierte su llanto á la luz del mundo y del día, y la otra tiene que encerrarse para llorar donde la sociedad no la vea. Parece que el sentimiento es un crimen, y la indiferencia ó el estoicismo un adorno brillante.

Y luego pedimos al mundo corazones, cuando tratamos de convertirlos en piedras.

Ahogar el sentimiento, es un heroísmo. Dar pábulo al vicio, un capricho cualquiera. ¡Cuándo llegaremos á la verdadera civilización!...

En este día de lágrimas y recuerdos, ¿no lo vemos todo con mas justicia y realidad?

¡Oh dulce templo de melancolía! ¡Yo te saludo! Tu recinto sagrado me parece el dedo de la eternidad. Aquí veo sucederse los siglos y las generacio-

nes, todos iguales y mudos como la muerte que les rodea.

¿Quién comprende el misterio de aquestos lugares santos? ¿Dónde hay una razón que no se humille y anonade ante la vista de esta desolación y esterminio?

¿Dónde está el valor de los guerreros? ¿El esfuerzo de los hombres grandes? ¿El poder de la riqueza?...

Los unos no pudieron vencer con su arrogancia. Los otros no pudieron prolongar la vida con su oro.

Doblemos la rodilla, é inclinemos la cabeza. Recemos y consagremos á los muertos una memoria...

Estamos en el pálido otoño. Las hojas de los frondosos árboles parece que lloran con nosotros, é impelidas por el aquilon vienen volando marchitas á las frias sepulturas, como enseñándonos el término de nuestra pobre existencia.

El campo presenta en esta época un cuadro muy parecido al cementerio.

La muerte de la naturaleza nos produce una sombría impresion, muy semejante á la destrucción de los seres.

Nos anuncia un año perdido como todos en el abismo del tiempo que no volverá jamás, y que ha dejado una arruga en nuestro corazón, oprimido bajo el peso de los desengaños.

Los recuerdos siempre son tristes. Jamás podemos encontrar en ellos felicidad ó alegría. Si lo que perdimos fue una dicha, sentimos no poseerla de nuevo; si fue un dolor, nos punza y lacera cada vez que lo recordamos.

Por eso cuando las hojas amarillean y alfombran el suelo, se despedaza nuestro corazón. Al caer, se llevan las ilusiones dejándonos mas experiencia y mas martirio. Cuanto mas se alcanza, mas se sufre. La inocencia es la felicidad...

El 2 de noviembre es un gigante que nos aguarda á las puertas del cementerio con una túnica negra sobre los hombros, un brazo estendido hacia las tumbas y otro señalando al cielo. El uno indica la nada. El otro la eternidad.

Por eso despierta en nuestro ánimo una lucha desconocida. Inclinamos la vista al suelo, y nuestras plantas vacilan.

Nuestro rezo es entrecortado por suspiros que nacen de lo íntimo del corazón, y parece que nos llaman los muertos abandonando sus nichos, para que los acompañemos en el único día que les dedicamos.

¡Cuántos esposos ó amantes infieles á su memoria se despertarán como heridos de un rayo á los primeros toques de las campanas fúnebres, y recordarán su ingratitud, é irán presurosos al templo para rendir un culto divino por el alma de quien olvidaron tan impiamente!

¡Oh qué terrible debe ser este día, y sobre todo su noche, envuelta entre sombras y misterio, para aquellos que despojaron de la vida á algun semejante ó cometieron crímenes!

¡Cuántas sombras! ¡cuántas visiones!...

¡Cuántas amenazas y risas histéricas, y choque de huesos, y manos frías y descarnadas, y sudarios, y fantasmas!... ¡Oh qué horror!... Bendita la paz y la inocencia.

¡Dichoso el que nunca manchó sus manos con sangre ni su conciencia con delitos!

¡Dichoso el que nada usurpó! El que no hizo verter lágrimas á sus semejantes. El que no manchó sus labios con la blasfemia ó la impostura. El que no abusó de la inocencia. El que tuvo grandeza de alma para dominar la fuerza de las pasiones. Y mas dichoso aun el que, pródigo, derramó beneficios, el que buscó el dolor para curarle, y, en fin, el que supo inmortalizar su nombre por la piedad de sentimientos y el amor á sus hermanos.

Hay en el cementerio tumbas ante las cuales nos postramos con fervor como ante una reliquia sagrada, porque sabemos que encierran las cenizas de personas que fueron en el mundo el amparo y sosten de los desvalidos. Estos ángeles buenos nunca se olvidan. Los padres que llevan allí á sus hijos les cuentan entre sollozos los beneficios que recibieron de aquella piadosa criatura, y estos á su vez mañana lo refieren á los suyos con la misma ternura y admiración.

¡Ay de aquel en cuyo sepulcro solo se murmuren estas palabras: "Era un avaro, jamás se dolió del pobre. Recemos por que Dios le perdone!..."

Hasta el mismo rezo parece un anatema cuando

no va envuelto con la ternura y dolor que produce la pérdida del bueno.

¿Y quién será el que no quiera conquistar la gloria del mundo á la par de la del cielo?

Despertaos y visitemos á los muertos. Al dedicarles una memoria, evocamos al propio tiempo sentimientos que dormían y que pueden ser nuestro reposo y salvación.

¡Recemos, hermanos míos!...

La aureola del justo es la verdadera grandeza.

El que hoy al fúnebre son de lastimeros dobles llame á las puertas de su corazón y le encuentre tranquilo, es el ser mas dichoso de los seres.

Cuando dejan de vibrar las campanas, dormirá tranquilo despues de entonar rezos por la paz de los que fueron.

Apresurémonos á esparcir flores en todos los sepulcros. Debemos alfombrar con ellas aquel lugar santo. ¡Habrán tantos desgraciados que no tendrán quien les lleve una flor en este día!...

¡Tantas mujeres hermosas que, perdidas en el torbellino de las pasiones, no habrán dejado otra memoria que la del aquilon cuando destroza las plantas! ¡Compadezcámoslas!... Allí se han purificado y lloran sus almas por las blancas coronas de las vírgenes pudorosas que reposan cerca de ellas. ¡Cuánto darian ahora por levantarse con una frente pura, llena de castidad y amor sagrado!

¡Oh! ¡Qué delicia es ser virtuoso! ¡La virtud es el aliento de Dios!...

Estamos por esos cementerios llenos de sauces que tienen tanta semejanza con una madre ó esposa que llora ante el objeto querido...

¡Son los sauces tan lastimeros y dulces!...

¡Hay tanta armonía entre ellos y un corazón doliente!...

¡Casi parece que están dotados de sensibilidad y que sufren con nosotros!

Las almas sensibles lloran á su vista.

¡Plantemos sauces y llevemos flores á aquel sitio del arrepentimiento y la verdad!...

.....

ROGELIA LEON.

DOS ÁNGELES.

À LA DISTINGUIDA POETISA SEÑORA DOÑA FAUSTINA
SAEZ DE MELGAR, EN LA TUMBA DE SUS DOS NI-
ÑOS LÚCAS Y HERNAN.

Duermen el sueño de la eterna vida
dos ángeles que huyeron de este suelo.
¡Duermen en paz! en tanto dolorida
de angustia el alma y de dolor partida,
sus padres lloran con acerbo duelo.

(FAUSTINA SAEZ DE MELGAR, en el
epitafio de sus niños.)

Esa luz quebrada, oscura,
ese fúnebre misterio
que envuelve del cementerio
la escondida sepultura;

Ese rumor que se advierte
de quejas y de oraciones,
esos negros pabellones

del palacio de la muerte;

Esos sauces, esas luces

que son de la tumba estrellas,
esas enlutadas huellas
de lámparas y de cruces;

Esos cárdenos reflejos

de la luz de la mañana;

ese son... esa campana

que está llorando á lo lejos;

Ese sol que apenas arde,

esas flores que suspiran,

esas plegarias que espiran

en los vientos de la tarde;

Esa música sonora

de los cipreses alzados,

esos ecos desgarrados

del pueblo que reza y llora;

Ese fantástico velo

de las tumbas olvidadas,

no entristecen tus miradas

que están fijas en el cielo.

Tú miras las blancas nubes

que envuelven matices rojos,

y allí contemplan tus ojos

el mundo de los querubens.

Hoy, cuando empieza á rayar

el sol, con triste misterio,

no vengas al cementerio

para gemir ni llorar.

Eres madre, tu memoria

tal vez llore su cariño,

pero el sepulcro de un niño

es la puerta de la gloria.

Sepulcro que guarda Dios

desde sus mundos lucientes;

sepulcro donde inocentes

están durmiendo los dos.

Sepulcro donde en su suelo

aromas el viento exhala;

sepulcro, en fin, que es la escala

para remontarse al cielo.

A. J. GARCÍA.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ALFONSO VIII EL NIÑO, Ó EL DE LAS NAVAS.

(Continuacion) (1).

Hecho quedó el pacto en semejante forma; pero al llegar á Soria para hacerse el de Leon cargo de su joven sobrino, se vió villanamente engañado por el astuto tutor, quien hizo desaparecer al regio heredero por mano de un hidalgo deudo suyo, llamado

(1) Véase nuestro número anterior.

Pedro Nuñez de Fuente-Almexir, quien sacándolo de la ciudad oculto bajo su tabardo, le llevó, primero á San Estéban de Gormaz, y de allí á Atienza, y despues á Ávila, como lugar mas fuerte y seguro.

Este modo de proceder indignó de tal manera al Rey de Leon, que despues de retar á D. Manrique como traidor y perjuro, se apoderó de las mejores plazas de Castilla, haciendo su entrada en Toledo, ciudad cuyo gobierno conservaban los Castros, en el mes de mayo de 1162.

Con estos acontecimientos el fuego de las discordias civiles crecia mas y mas, y Castilla, la infeliz Castilla, ardiendo en su seno en fraticidas luchas, vió talar por un lado sus fronteras á los árabes, en tanto que el Rey D. Sancho de Navarra rompía por la Rioja y se posesionaba de las plazas y villas que encontraba al paso.

En este terrible estado de anarquía, rodeada de enemigos por todas partes, ocupadas sus mejores plazas por soldados estraños y teniendo á su legítimo señor cautivo puede decirse tras los robustos muros de los castillos de sus oficiosos defensores, continuaba Castilla, cuando en 1164 se encontraron entre Garcinarro y Huete los dos bandos rivales, dispuestos á terminar sus querellas con una batalla decisiva.

D. Manrique de Lara, llevando á su lado al joven heredero de la corona, que contaba entonces ocho años, dirigia en persona su hueste, en tanto que la de los enemigos era capitaneada por el gobernador de Toledo, D. Fernando Ruiz de Castro.

El combate se trabó con un ensañamiento nunca visto; pero la suerte les fue adversa á los de Lara, y D. Manrique murió, cayendo del caballo atravesado de un bote de lanza.

Pero esta accion no produjo ningun resultado positivo, pues D. Nuño, hermano de D. Manrique, se puso al frente de sus parciales y continuó haciendo la guerra con el mismo teson, con el mismo encono de siempre.

Pero la Providencia, que nunca abandona á sus hijos por completo á merced de la desgracia, hizo que D. Nuño pusiese en práctica un proyecto que habia de dar por resultado la completa terminacion de aquella terrible anarquía.

Este caballero, ya fuese por mejorar la suerte de

la patria, ó ya por temor á la preponderancia y á la fuerza que adquirian sus rivales, decidiose al fin por declarar al Rey mayor de edad y poner en sus manos las riendas del gobierno.

Para conseguir esto, púsose de acuerdo con don Estéban Illan, caballero de gran valor é influencia, y merced á su eficaz ayuda logró una noche introducir disfrazado á D. Alfonso en Toledo, encerrándose con él y muchos de sus parciales en la iglesia de San Roman. Al romper el dia, los estandartes reales se desplegaron al viento en las ventanas de la torre, y los gritos de *Toledo, Toledo por el Rey de Castilla!* hicieron despertar sobresaltados á los Castros, que, sorprendidos, corrieron en tumulto á las armas.

La sangre corrió de nuevo en la calle de San Juan Bautista, entonces San Juan de la Leche; pero los parciales del Rey vencieron, y D. Fernando y los suyos abandonaron la ciudad, corriendo á refugiarse á tierra de moros.

Á la posesion de Toledo siguió la del castillo de Zurita, sobre el Tajo, que cayó tambien en poder de los Laras, merced al asesinato infame perpetrado por un escudero en la persona de su gobernador, don Lope Arenas, partidario decidido de los Castros.

De esta manera empezó á extinguirse en Castilla la llama de los disturbios, encendida por la ambicion de las dos casas mas poderosas de su nobleza; y desde entonces vemos ya al jóven D. Alfonso obrar como verdadero monarca, á pesar de no haber llegado á la edad en que su padre dispuso se le entregara el cetro. Pero las necesidades del reino eran harto perentorias, y la nobleza, reunida en Cortes en Búrgos, acordó jurarle por Rey, uniéndole á la princesa doña Leonor, hija de Enrique II de Inglaterra.

En setiembre de 1170 celebráronse los regios desposorios en Tarazona, con asistencia del Rey de Aragon, que era ya entonces amigo del castellano, y D. Alfonso entró de lleno en el ejercicio de sus funciones, poniendo término de aquella manera á los males que ocasionara su agitada y turbulenta minoría.

(Se continuará.)

JULIAN CASTELLANOS, I.

LOS CUARTOS DE HORA.

CUENTO.

(Continuación) (1).

VII.

La comida tuvo lugar en un lindísimo pabellón blanco situado en el centro del jardín. Margarita obsequió á sus amigos con una mesa espléndida. Reinó en el banquete la cordialidad mas esquisita, y acabado que fue subió la marquesa á su habitación, interin sus buenos amigos saboreaban de sobremesa los ricos vegueros de la preciosa Antilla.

Así que Margarita se halló de nuevo sola, cayó abrumada sobre un sillón, se recostó muellemente, apoyó su linda cabeza entre sus manos de nieve, y dijo:

—¡Ah! ¡qué comida!... ¡Qué rato mas insoportable!... ¡Qué hombres mas impertinentes!... ¡Ni uno solo, ni uno de esos jóvenes caballeros que frecuentan la mejor sociedad posee la finura, la discrecion, el buen sentido de ese pobre muchacho que viste mi librea! ¡Pícaras libreas! ¡No es cierto que bajo ese uniforme, creado por nuestra vanidad, pueden á veces latir los corazones mas elevados y las inteligencias mas brillantes?... ¡Cómo me fastidio! Yo no sé en qué consiste el abatimiento que se apodera de mis nervios cuando no escucho las sabrosas pláticas de ese pobre jóven que ha entrado á mi servicio... ¡Habla tan bien!... ¡Es tan afable!... Y luego, hay que convenir en que tiene una admirable bella presencia... Si al menos se me presentara ese maldito D. César Montenegro, á quien aborrezco tanto... ¡cómo me divertiría!

Y concluido esto se levantó la marquesa, abrió el único balcon que habia en la estancia, y se recostó sobre la barandilla para respirar un poco los blandos y suaves aromas de la tarde.

El balcon se elevaba diez varas de altura sobre un pequeño estanque de aguas azules y serenas, donde aleteaban graciosamente una porcion de ánades y

patos que divertían alguna que otra vez con sus rápidos giros el mal humor de la marquesa. Además contenía esquisitas carpas de espalda dorada, y una magnífica coleccion de pececillos de colores que relumbraban cambiantes á los vívidos destellos del sol.

Margarita contemplaba aquel espectáculo acuático con una curiosidad propiamente infantil.

Desde aquel sitio pintoresco se descubría, blanco como una paloma, el lindísimo pabellón donde se habia verificado la comida, y llegaban hasta Margarita las sonoras carcajadas de sus amigos, que reían de la manera mas estrepitosa.

La marquesa aplicó el oído para ver si podia escuchar alguna palabra; pero no lo consiguió.

—¡De qué se reirán esos tontos? dijo: ¡vaya V. á saberlo! Probablemente de alguna cosa en extremo pueril. ¡Qué imbéciles! ¡De buena gana sabría cuál es el motivo de la risita!

Y no bien hubo acabado de pronunciar esto, cuando vió salir aceleradamente del pabellón al lacayo Félix, y dirigirse á la quinta por una preciosa calle de álamos y frutales.

Margarita se retiró del balcon, diciendo:

—¡Gracias á Dios... ya tengo con quien hablar!

Un minuto despues se hallaba Félix en su presencia.

—¡La señora marquesa me necesita? dijo él inclinandose y sin atravesar el dintel.

—Sí, señor, contestó ella haciéndole una seña para que se acercara.

Félix obedeció.

—La señora marquesa, dijo, querrá sin duda que la lea los periódicos del dia.

—¡Oh, no! replicó Margarita. Nada de eso... Lo que yo quiero, Félix, es que me explique V. si sabe por qué rien tanto las buenas almas que se han quedado en el pabellón.

—Es muy sencillo, señora marquesa... Acabo de servirles el *Champagne*.

—¡Y se han aturcado, no es verdad?

—¡Oh! no, señora... Se han puesto alegres nada mas... Algo alegres... Bastante alegres.

—Comprendo... Y así que V. sirvió el *Champagne*...

—Así que sirvió el *Champagne*, la emprendieron de lleno contra el bendito D. César... que es por lo visto el coco de todas las conversaciones.

(1) Véase nuestro número anterior.

—¿Sí? ¿Y qué dijeron?

—¡Ay señora marquesa!... Dijeron lo que tantas veces he tenido yo el honor de decir á V. S... que D. César se halla en la quinta.

—Bien; ¿y qué mas?

—Nada, que se le van á presentar á V. S. de un momento á otro, porque á lo que es cuenta solo falta un cuarto de hora para espirar el plazo de la apuesta de D. César, y ellos se proponen desenmascararle, á fin de divertirse un poco á sus espensas.

—Me alegro mucho... Sí que me alegró... Porque no puede V. figurarse la tirria y la mala voluntad que profeso á ese infame duende.

—¿De veras, señora marquesa?... ¿Tan mal le quiere V. S.?

—¡Oh!... ¡Le abomino! ¿Y qué bien me he de divertir cuando me le pongan delante! Así que le eche yo la vista encima... verá V. una cosa buena. ¿Le parece á V. pequeño delito haberse atrevido á apostar á que habia de casarme con él sin declararse á mí como Dios manda y la sociedad tiene establecido? ¡El demonio del hombre!

—¿Y es ese todo su delito? preguntó Félix tímidamente.

—¡Oiga!... ¿Le parece á V. poco?

—Segun y conforme, señora marquesa. La cuestion se reduce simplemente á que D. César quiere casarse con V. S. sin hacer la declaracion de ordenanza... ¿No es esto?

—Cabalmente.

—Pues bien; suponga V. S. que es una cuestion de economía de palabras. Si D. César la ama...

—¡Dale! ¿Qué tonto es V.! ¿Cómo he de saber que me ama si no me lo dice?

—Muy sencillamente, señora marquesa... si se lo prueba.

—¡Cá! No, señor; no admito.

—Pues qué, ¿juzga la señora marquesa que tiene mas valor una palabra, aunque se componga del mas suave aliento, que una prueba donde puede resplandecer cumplidamente la verdad?

—¡Oh!... Las dos cosas son precisas en esta materia.

—Pero las palabras sin los hechos, señora marquesa, son como las bellas pinturas de los lienzos; hermosas á la vista, pero sin alma.

—¿Y dónde ha visto V. que se casen dos sin que se digan una sola vez «te quiero?»

—Bien puede suceder. Ademas, ¿no les queda tiempo para decírselo despues de casados?

—No, señor; despues de casados no se piensa en esas cosas. Ademas, así lo ha establecido la sociedad, y no se dará ejemplo de que el hombre se emancipe del dulce deber de espresar su cariño por medio de la palabra á la mujer que elige por esposa.

—Alguna vez se tiene que dar. Y, en último término, señora, ¿no podria la mujer tomar en esta cuestion alguna vez la iniciativa?

—Eso es... ¡declararse las mujeres!... ¡Caramba!... ¡qué fino es V.!

—Nada tendria de extraño... Si el hombre prueba con hechos su cariño... Si realiza en secreto los mas grandes sacrificios en aras de su ídolo... ¿por qué no le ha de recompensar este con dichosa frase, que, en concepto de V. S., basta para abrir las puertas del misterioso santuario del matrimonio? Ademas, señora, el verdadero amor, segun yo le concibo, no ha de ser un gran charlatan.

—Ni tampoco sordo-mudo.

—Convengo en ello: mas no se puede negar que el mejor amor es el que se siente, aunque no tenga muy espedito el uso de la palabra.

—En fin; ¿qué me quiere V. probar? ¿Pretende V. acaso dar la razon al babieca de D. César? Vamos á ver. ¿Es V. partidario de su escuela? ¿Puede V. defender ante personas sensatas el grandísimo absurdo de que los hombres se casen con las mujeres sin hacer la declaracion de ordenanza, ó, mejor dicho, precisándolas á que ellas lo hagan?... ¿Qué insensatez!... ¿Qué locura! Deje V. que yo eche la vista encima al tal D. César, que ya le haré cantar la palinodia. Por supuesto que para mí, con declaracion ó sin ella, está tan de mas el supradicho, que si no hubiera mas hombre que él en el mundo, jurara permanecer en viudez toda mi vida. ¡Ah! Como se me presente... como se me presente...

La marquesa no pudo concluir. En aquel momento cerraron la puerta de la sala violentamente, y se oyeron fuera las carcajadas de Valderrobles, Monreal y Campo-Frio, que se alejaban.

—¡Oh! ¿Qué significa esto? dijo Margarita roja de

ira, ¡Nos han cerrado!... nos espiaban... nos oían... ¡Cuidado que la bromita es algo pesada! Félix, abra V. esa puerta!

El jóven se volvió para cumplir la orden. Entonces notó Margarita que llevaba á la espalda un papel escrito y prendido con alfileres. La marquesa se le arrancó, le leyó, se enteró perfectamente, y lanzó un grito de asombro. Félix estaba pálido, y temblando como un azogado.

(Se continuará.)

LEANDRO A. HERRERO.

UNA AVENTURA.

(EPISODIO DEL SIGLO XVI.)

(Conclusion.) (1).

Cayó el soldado, alzaronse sus compañeros dirigiéndose todos contra Félix, que de un salto se colocó fuera de la mesa, sacó la espada, y arrojándose á su amigo Luis que habia hecho el mismo movimiento, comenzó á repartir tajos y reveses sobre los acometedores con tal acierto, que en breves instantes eran no pocos los descalabrados. Llovian los golpes, blasfemaban los soldados, chillaban las mujeres, gritaba el ventero, y eran tales las cuchilladas, los porrazos, las voces y el estruendo, que no parecia sino que el cielo se desplomaba sobre los ventriles campeones: de repente sonó una voz robusta, vibrante, que exclamando «¡Ténganse al Rey!» dió al traste con la contienda, aumentando la confusion; y allí, en medio de aquel caos, rodeado de sus alguaciles, apareció el alcalde de Sigüenza blandiendo su vara y echando espumarajos por la boca; tal era la cólera que al buen señor causaba aquella perturbacion del orden en sus dominios. Adelantose el ventero, contó el caso, y el alcalde, arrojando miradas centelleantes, hizo adelantarse á los causantes del alboroto, y Félix, seguido de su compañero, se colocó ante la autoridad con una altivez respetuosa.

(1) Véase nuestro número anterior.

—¿Quién sois? preguntó el alcalde al jóven, dirigiéndole una mirada colérica y escudriñadora.

—Me llamo Félix, soy de Madrid, y voy á Barcelona con este amigo, donde nos embarcaremos para Flandes.

—¿Y creéis que me contento con esa respuesta, señor mio? interrumpió el alcalde.

—Podeis contentaros ó no, pero yo creo que es una respuesta.

—Eso lo veremos; habeis venido á alborotar la poblacion; habeis sembrado el esterminio en esta casa, y por mi fe que no lo vais á pasar muy bien.

—Señor alcalde, repuso Félix con nobleza; he querido castigar á un insolente; defender á las mujeres, es deuda á que todos nacemos obligados.

—¡Ta... ta... ta...! interrumpió el alcalde con sonrisa irónica; no encontrareis la salida: á ver, alguaciles; conducid á estos dos mozuelos á la cárcel, en tanto que se averigüe la verdad.

—Sea como querais, respondió Félix despues de haber dirigido á su amigo una mirada de resignacion: pero esperad, señor alcalde; y volviéndose el jóven hácia la mendiga que en un lado contemplaba el cuadro aterrada: os he defendido, exclamó, y no he podido hacer mas; tomad ahora, y consolaos con eso.

Y Félix se quitó del cuello una magnífica cadena de oro, y la alargó con ternura á la pobre que lloraba; resonó un grito de asombro general.

—¡Hola, hola! exclamó el alcalde estupefacto; ¿os cubris de misterio, y dais limosnas de ese valor! Por Dios que voy creyendo que he hecho una buena presa; pronto, alguaciles, apoderaos tambien de esa cadena de oro para averiguar su procedencia...

—¡Eso no! gritó Félix con arrogancia; esta cadena es de mi madre.

Y montando en cólera se preparó á defenderla, enarbolando la espada que aun no habia entregado.

—¡Á él! gritó el alcalde enfurecido.

Y ya iba de nuevo á dar comienzo otra de cintarazos, cuando sonó en la puerta una voz estentórea, gritando:

—¡Ténganse á la Santa Hermandad!

Callaron todos, se descubrieron algunos, y un familiar seguido de varios criados se presentó en escena con asombro de los circunstantes. Al ver Félix á

los recién llegados no pudo contener un grito de sorpresa.

—¿Qué significa todo esto? preguntó el familiar al alcalde.

—Significa, repuso este, que voy á conducir á la cárcel á un gran criminal.

—¿Y quién es él?

—Ese mozuelo.

Y el alcalde señaló á Félix, que, abrazado al hermano de Luis, dejaba entrever en su rostro un gesto de ira y despecho.

—Os equivocais, interrumpió el familiar; ese joven y su compañero van á venirse conmigo á Madrid.

Y dirigiéndose á los dos amigos:

—Buena calaverada habeis hecho, prosiguió; vuestros padres os lloran ya perdidos, y no va á ser poca la alegría que voy á darles!

—¿Y quereis llevarnos? preguntó Félix con ansiedad.

—Está claro: de grado ó por fuerza; conquese así ved de seguirnos.

—¡Sea! exclamó Félix dando un suspiro; ya lo ves, Luis; se ha deshecho nuestro castillo de naipes cuando comenzaban á sonreírnos las aventuras; tomad, prosiguió dirigiéndose al ventero.

Y entregándole un bolsillo:

—Ahí hallareis oro suficiente para pagarlo todo; y vos, señor, continuó volviéndose hácia el alcalde, que como todos y sin comprender le contemplaba con la boca abierta, perdonadme; perdone la justicia un desacato hijo del aturdimiento; la autoridad no puede ser nunca insultada por mí; si alguna vez necesitais un apoyo, mi padre tiene amigos poderosos.

—¿Y quién sois vos, señor? interrumpió balbuciente el alcalde, asombrado ante aquel mancebo á quien la Inquisición trataba con tanto respeto, y que por sus hechos y palabras demostraba tanta nobleza.

—Buscadme en Madrid, respondió Félix; habito en la puerta de Guadalajara, y me llamo *Félix Lope de Vega Carpio*.

Dicho esto, el joven, seguido de su amigo, del familiar y sus criados, se dirigió á la puerta, donde le

aguardaba una litera, y, una vez en ella, tomaron el camino de Madrid, dejando estupefactos al alcalde y la muchedumbre.

Esto sucedía en 1580; seis años despues, el genio colosal de Lope de Vega asombraba al mundo ya con sus deslumbrantes resplandores.

Querido de los Pontífices y monarcas, respetado de la nobleza, adorado del pueblo y aplaudido por el orbe entero, cruzó el *Fénix de los ingenios* la senda de la gloria, dejando tras de sí una ráfaga de luz que jamás podrá borrar la mano de los siglos.

JOAQUÍN TOMEO Y BENEDICTO.

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuación.)

Á la sazón vimos un muchacho que escarbaba tierra con un almocafre, y acercándonos á él le preguntamos:

—¿Quién es esa niña?

—¿Qué dice V., señora?

—¿Que quién es esa niña que canta?

—¡Toma! esa no es niña: esa es una muchacha del lugar.

—Pero ¿quién es? ¿Cómo se llama?

—¡Toma!... Se llama Inesilla; pero le isen la Sirena, porque nos está aturdiendo too el día y too la noche con sus canturreos.

Es hija de la posadera del lugar, y como su madre tiene pasneses bastantes, la hija no tiene que venir al campo á trabajaa, y está hecha toítica una bigar-da, sin sabé otra cosa que calentar la cabeza á los demás.

—Pero muchacho, si encanta oirla.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Como las chicharras en verano! Yo no la pueo ver, porque tiene mas aquel y mas fantesía que too lo que se iga.

(1) Véase nuestro número anterior.

En lugar de venirse á jugar con toas las muchachas cuando se pone el sol, se va á aquel cerro de enfrente, y empieza á dar unos chillios, que unas veces parece que llora, y otras que nos dice á toos mil picardías y que hasta nos amenaza con las manos.

La dejamos porque está loca, y porque su tío es el arcarde, que si no, de caa pezcoczon se volvía tarumba.

—¡Qué pedazo de alcornoque! dijimos interiormente.

Y nos dirigimos hácia aquella *Malibran-silvestre* y pequeña, que no hizo movimiento ninguno de extrañeza al vernos. Solo se puso de pie con cortesía, y nos dijo con tono natural y cariñoso:

—¿Qué buscan los señores?

—¡Á ti, Sirena!

La niña nos miró con asombro; pero se repuso pronto, y dijo:

—¿Me conocen sus mercedes?

—Nos lo ha dicho aquel muchacho que trabaja en ese huerto.

—¡Sí! ¡Bartolillo! contestó con indiferencia.

Yo me llamo Inés; pero han dado en decirme la *Sirena*; peor mote pudieran ponerme. En los lugares es preciso llevar alguno.

—¿Es verdad que tu madre tiene posada?

—Desde aquí pueden verla.

—¿Aquella cercada de parrales?

—La misma.

—¿Es pintoresca! ¡Cosa rara, cuando todas tienen las entradas á manera de establo!

—Mi madre no nació para posadera, pues era casi el ama de la hacienda de unos señores condes, y por eso nuestra posada se equivoca con una casa de campo.

—Pues bien, amable niña, llévanos á ella.

La niña, sin contestar, echó á andar delante de nosotros, y nos introdujo en un gran patio, todo lleno de macetas alrededor, donde estaba una mujer de unos cuarenta años dando de mamar á un niño tan hermoso como Sirena.

(Se continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

ÁLBUM DE "LA VIOLETA."

Breve será nuestra revista de hoy.

Trazamos las primeras líneas bajo una impresion desagradable.

Terrible, altamente escandaloso fue el espectáculo que presentó el teatro Real en la última noche de sus funciones. Se representaba *Lucrezia*: figurense nuestras bellas lectoras el mas espantoso tumulto que pueda imaginarse, una multitud irritada, que sin consideracion á la presencia de las reales personas, sin reparar el lugar en que se encontraban, faltando á su propio decoro, entregarse de lleno á un alboroto tal de silbidos, gritos y denuestos, que, mas que en el privilegiado local, parecíanos hallarnos en una plaza de toros. No trataremos de apadrinar á los alborotadores, pero sí pedimos la pronta correccion de los abusos que han originado ese lamentable desbordamiento del público, cansado ya de sufrir las inconsideraciones y demasías de una empresa egoísta y descuidada.

El señor gobernador, cumpliendo con el deber sagrado de evitar toda ocasion en que el principio de autoridad no tenga el acatamiento debido, ha dispuesto se cierre el teatro hasta tanto que se efectúa la total reforma de compañía; en su consecuencia, la empresa ha pasado al inmediato ajuste del tenor Bettini; y en sustitucion del actual tenor vendrán tambien Mario y Negrini; en reemplazo de la contralto actual, la Elena Grossi, y ademas está contratado el bajo Gassió. Celebramos estas medidas adoptadas con tanta prontitud por la primera autoridad de la provincia.

En el Principe continúa llamando la atencion general la última obra del laureado García Gutiérrez, preparándose en tanto varias obras nuevas, entre las que se intercalarán aquellas producciones mas aplaudidas durante la temporada pasada, y son: *Aventuras imperiales*, *El Amor de los amores*, *Misterios de torcador*, etc.

En el teatro de Jovellanos se puso en escena por vez primera un juguete en tres actos y en verso, del Sr. Marco, titulado *¡Cómo ha de ser!* Esta composicion,

ligera, sin pretensiones, versificada con facilidad, dejó satisfecha á la escogida concurrencia. La zarzuela en un acto *Un Centinela de vista*, estrenada la misma noche, recibió con justicia una severa manifestacion de los espectadores.

En la comedia fueron muy aplaudidos los señores Guerra y Arderius; la Rosa Tenorio continúa siendo la perla del elegante coliseo de la calle de Jovellanos.

Con reprobacion general representose otra noche una comedia en un acto titulada *Lo que le falta á mi marido*, verdadero baturrillo de necedades donde la desvergüenza ahuyenta al decoro.

Se ha puesto en escena la linda zarzuela de Larra y Gaztambide *La Conquista de Madrid*, obra que tantas entradas dió al afortunado teatro en el año pasado.

El Circo pone en accion el proverbio *Cobra buena fama...* Por lo demas, la necesidad le obligará á salir de su marasmo.

En Variedades échase de menos la gran figura de su director D. Julian Romea, que para gloria del arte se halla ya en completo restablecimiento. Obras ya conocidas han llenado la semana, si se exceptúa una chistosa pieza nominada *No es este*, original del Sr. Zumel, y que no carece de ingenio, á pesar de ciertas inconveniencias.

Novedades, huérfano de la distinguida Sra. Rodriguez, cuya escritura ha roto la empresa por circunstancias particulares, sigue con las representaciones de *La Profecía*, anunciando una comedia nueva, *Moneda corriente*, y *Don Juan Tenorio*, drama obligado en la próxima noche de ánimas.

Tales son las escasas novedades teatrales que podemos noticiar á nuestras bellas lectoras: con razon les habíamos manifestado, al comenzar este artículo, que seríamos breves.

Las lluvias continúan ahuyentando á las gentes de los paseos.

Madrid, como si enorgullecido con su grandeza quisiera abarcarse á sí mismo de una mirada, ha entendido por lo alto de la pintoresca Montaña un precioso barrio que compone por sí solo una bellísima y diminuta poblacion.

La industria, la animacion, la vida, brotan por aquel lado, en tanto que al otro extremo de la villa

las artes riegan el suelo con lágrimas de amargura. Era preciso verlo para creerlo: la patria de Murillo y Zurbarán no ofrece hoy mas que la miserable baraca de un titiritero para que espongan al público sus creaciones esos jóvenes pintores que tanta honra dan á su pais.

Mientras así sucede, trátase en el Escorial de levantar una plaza de toros.

Es el mas sangriento sarcasmo que puede arrojar-se á la cara del sentido comun.

No parece sino que nos hallamos flotando en el caos. Para consolarnos, es la esperanza el único bálsamo, si ya no lo es el *Bálsamo de las penas*, delicadísimo idilio de Ángela Grassi, verdadero ramillete, tan puro, casi tan trasparente como la sonrisa de un ángel.

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

La moda se fija definitivamente: sabemos ya, sobre poco mas ó menos, á qué atenernos. Los trajes de lana, hoy dia tan lindos, son aceptados para por la mañana por las elegantes. Debemos designar una bellísima lana *cotelee*, toda de un color, que se llevará con confeccion igual guarnecida de una franja de felpilla, ó de una doble ó triple vuelta de bolas andaluzas. Este traje de color de pensamiento seria distinguidísimo para paseo de mañana.

El encarnado, que se ha mostrado desenfundadamente hasta la locura durante el otoño, tiende á ocultarse á despecho de algunas fanáticas que ensayan su introduccion en pleno paseo; hoy se limita exclusivamente á los arreglos de interior, en cuyo caso no solo lo aceptamos, sino que lo aconsejamos. Una falda de popelina á grandes cuadros encarnados con filetes negros, y una vesta señorita negra, de terciopelo ó de paño, compondrá el lindo y encantador traje de interior de todas las morenas elegantes.

Podrán completarse las *toilettes* con paletót ó cuello igual, siendo de tela lisa, debiendo acompañar el terciopelo ó el paño como confeccion á los dibujos

grandes. El terciopelo á cuadros de todos colores forma lindísimas rotondas de fantasía guarnecidas con franja de felpilla.

Entre los tejidos para vestir, figura el raso en primér término, que vuelve á la moda mas espléndido que nunca, ancho como el tafetan y espeso como la mano. En las tintas lisas que ocupan siempre la altura en la escala de la distincion, citaremos los azules nuevos como maravillas de inusitado é indescriptible esplendor. Los rasos gris, yerba doncella y negros son igualmente muy de moda, y á su lado, como de toda fantasía, otro raso á grandes cuadros del tan famoso azul, alternando con el mas puro encarnado, separados ambos y liados con un filete negro y blanco, es magnífico.

Tambien se adoptarán los *moirés antiguos* para trajes de visita, preparándose con preferencia el gris ruso oscuro.

Ya no es cuestion de puntas en los vestidos; se han desterrado completamente, cediendo su lugar á las aldetas bajo todas formas y con mil nombres diferentes. Los talles Imperio se resisten; las grandes hebillas adquieren siempre favor y son seguramente muy lindas.

Los sombreros son gorras, *fauchons*, redcecillas, todo menos sombreros, pero encantadores y de incontestable fantasía. Desde luego sin *bavolet*, nada de eso; terminó esa cuestion. Terciopelo, raso, encaje, plumas, y, sobre todo, perlas; hé aquí lo que se lleva; haremos lo posible por ensayar la descripción de tales alhajas, y será el mejor medio de que nuestras lectoras nos comprendan.

Uno de terciopelo negro que no es ni tendido, ni bullonado, ni de corredera, pero capitonado con desigualdad, adornado de perlas en cada hueco y con largos colgantes de azabache. En el borde, un espléndido bordado al pasado, mezclado de azabaches, y sobre el lado enteramente hácia atrás, una concha de plumas de pavo; plumas en el interior y bridas de terciopelo negro.

Otro de terciopelo violeta, todo bordado de azabache blanco; por detras lleva una especie de catalana de blonda blanca con pluma torcida por encima.

El sombrero redcecilla, de encantadora originalidad, es de terciopelo verde agua; el ala bullonada, á par-

tir del sitio que anteriormente ocupaba el copete; en resumen, es una redcecilla de terciopelo verde con gruesas perlas blancas sobre cada cuadro, en la cual se introduce el bucle de los cabellos. Constituye un prendido elegantísimo, que puede completarse colocando sobre el lado un pajarillo, cuya larga cola de plumas blancas descienda sobre el cuello; perlas en el interior y bridas de terciopelo verde.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura. Niña de doce años. Vestido de tafetan morado; el bajo forma ondulaciones ribeteadas de terciopelo; encima va una ancha tira de cuadritos formados con cinta de terciopelo. Cuerpo alto con tirantes de terciopelo y caídas. Cinturon igual y adorno de cuadritos; manga ajustada.

Segunda figura. Niña de nueve años. Vestido de tafetan azul, adornado en el bajo por un bordado *soutache*. Paletot ceñido de terciopelo azul, guarnecido de una franja thibet, la misma que adorna los hombros en la bocamanga. Este paletot no tiene mangas; las del vestido son de codo con bordado *soutache*. Gorra polonesa de terciopelo, y plumas.

Tercera figura. Niña de cinco años. *Habit* guardafrancesa de lana color de cereza, adornado con vieses de tafetan. Falda de tafetan á rayas, guarnecido el bajo con vieses y volantitos. Sombrero de fieltro, adornado de plumas y de un lazo de terciopelo.

Cuarta figura. Niño de ocho años. Traje de terciopelo color de aceituna; pantalon ancho sujeto á la rodilla. Blusa con cinturon, adornada de galon y botones. Polainas de terciopelo negro. Sombrero calañés.

Quinta figura. Niño de cuatro años. Pantalon de paño color de ceniza, chaqueta de paño negro y chaleco semejante al pantalon.

JOAQUINA DE CARNICERO.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.